LOS DESEOS SANTOS
Y
SU VALOR
SANTIFICADOR

Francisco Juberías C.M.F.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

APROBACIONES

NIHIL OBSTAT
Antonio Peinador, C. M. F.
Censor

IMPRIMI POTEST
F. Fernández, C. M. F.
Sup. Prov.

NIHIL OBSTAT
Sevilla, 24 de enero de 1973
D. Juan Ordóñez Márquez
Censor

IMPRIMATUR
Andrés Galindo
Tte. Vic. Gen.

Impreso y encuadernado en BINICROS, S.L.
Av. Catalunya, 130 Naves 15-16
08150 PARETS DEL VALLES (BARCELONA)
Printed in Spain

Con licencia eclesiástica
I.S.B.N. 84-7693-154-9
Dep. Legal B-23642-91

PROLOGO

Es muy posible que el lector se haya visto alguna vez sorprendido, como yo mismo, por esta antinomia que se encuentra frecuentemente en los escritores espirituales, al hablar de los deseos santos: unas veces se encarece hasta lo sumo su valor y su eficacia; otras veces, por el contrario, se habla de ellos con desdén. No sólo como cosa muy secundaria, sino hasta considerándolos de ningún valor en orden al progreso espiritual.

Y ha sido, desgraciadamente, este segundo aspecto el que ha prevalecido dentro del mundo piadoso, por no decir entre el vulgo de los aficionados a la vida espiritual. ¿Quién no ha oído hablar cien veces de la ineficacia de los solos deseos, despreciándolos como cosa vana y que se lleva el viento sin dejar huella de su paso por el alma?

Y hasta se ha convertido en aforismo corriente e indiscutido una frase atribuida nada menos que a Santa Teresa y que dice, poco más o menos, de esta mane-

ra: «De buenos deseos está empedrado el infierno». Una frase sumamente desdichada, como veremos, y que no pudo decir la Santa, pues se trata de un grave despropósito teológico. Y ella estaba sobradamente iluminada por el Espíritu de Dios.

Puedo preciarme de conocer bastante bien las obras de la gran Doctora, que vengo manejando asiduamente durante muchos años. Alguna vez las he leído enteras, llevando por delante principalmente este propósito de descubrir en ellas la malaventurada expresión, y no he logrado dar con ella. He leído atentamente todo lo que se dice a propósito de los deseos y palabras afines en las *Concordancias* de sus obras (1) y tampoco he logrado encontrar nada que tenga que ver con esto.

Pudiera ser, a pesar de todo, que tanto a mí como al autor de las *Concordancias* se nos hubiera escapado la sentencia en cuestión y que de verdad hubiera salido de la pluma de la Santa. Pero, aun en el caso de que así fuera, es del todo cierto que no se le podría dar el sentido que de ordinario se le atribuye, porque está en abierta pugna con sus enseñanzas constantes y mejor acendradas. Ella afirmaba: «Es gran cosa tener grandes deseos» (2). Y se muestra «amiguísima» de los buenos deseos. Tanto es así que con las enseñanzas de la Santa sobre los buenos deseos se podría escribir todo un libro de gran contenido teológico y de no menor inte-

---

(1) FRAY LUIS DE SAN JOSÉ, O. C. D.: *Concordancias de las obras y escritos de Santa Teresa de Jesús*. Tipografía de «El Monte Carmelo». Burgos, 1945.

(2) *Meditaciones sobre los Cantares*. 2. 35. Ed. B. A. C. Madrid, 1962. En adelante, si no se advierte otra cosa, nos referiremos a esta edición al citar las Obras de la Santa.

rés práctico, con orden al aprovechamiento espiritual. Queremos decir, por tanto, que esa expresión, si llegara a probarse que de alguna manera pertenece a la Santa, no habría que darle el valor que ordinariamente se le atribuye, ni interpretarla de los deseos netos y verdaderos, sino de las veleidades, que son cosa bien distinta.

Lo cierto es que, con esta confusión de cosas, se ha creado en torno a los deseos santos una especie de «leyenda negra» que los tiene desacreditados, con no poco daño para el verdadero provecho de las almas fervorosas, que se han entrado generosamente por el camino que conduce hasta la cumbre del amor, siendo los deseos santos uno de los medios más eficaces para lograrlo.

Con esto tiene ya descubierto el lector cuál es el propósito que me guía al escribir estas páginas: tratar de poner un poco de claridad en esta confusión y dejar bien asentada la extraordinaria fuerza santificadora de los buenos deseos en orden a levantar el alma fervorosa hasta las más altas cumbres de la unión con Dios.

No quiero, finalmente, terminar este Prólogo sin decir unas palabras sobre el método que voy a seguir.

Dedicaremos un *Primer Capítulo* a lo que se podía llamar fundamentos teológicos, como es la tradición doctrinal acerca del valor santificador de los buenos deseos, trayendo autoridades de la Sagrada Escritura, de la Liturgia, de los Doctores de la Iglesia y de los maestros más eximios de la vida espiritual.

Advertimos al lector que, aunque generalmente nos atenemos en los testimonios que vamos a aducir a aquellos en que aparece la palabra «deseo», en algunas

ocasiones, muy pocas, traemos autoridades en que aparecen vocablos del todo sinónimos: hambre y sed de Dios, buscar a Dios, suspirar por El, etc. Fuera del sentido idéntico de las palabras, nos lo autoriza algunas veces el paralelismo de la Sagrada Escritura y hasta el mismo rigor científico de Santo Tomás de Aquino (3).

Asentados estos principios doctrinales en los más seguros fundamentos de la doctrina revelada, trataremos en un *Segundo Capítulo* de esclarecer la naturaleza del deseo, según las enseñanzas de la mejor Filosofía y de las conquistas de la Psicología moderna. Todo con la mayor brevedad y sólo en cuanto es necesario para nuestro propósito.

En un *Tercer Capítulo* nos ocuparemos de establecer el valor santificador de los buenos deseos desde los postulados de la Teología dogmática.

En un *Cuarto Capítulo,* finalmente, bajaremos a las aplicaciones prácticas de la vida cristiana.

Espero que, por la bondad de Dios, las páginas de este libro no sean inútiles para algunas almas fervorosas, que buscan con sinceridad el camino que lleva a la unión con Dios; sino que les servirán de estímulo y de consuelo, viendo que el Señor nos ha puesto la santidad muy al alcance de la mano y que los medios más eficaces para conseguirla son los más fáciles de llevar a la práctica, muy en contra de lo que muchas veces nos sugieren el demonio o nuestra innata debilidad, que nos siembran el camino de temores.

---

(3) I. 2. Q. 33. a. 2. c.

Así espero que suceda y así se lo pido al Señor y al Inmaculado Corazón de María, al suplicarles que bendigan estas páginas con su benevolencia y las fecunden con su gracia.

Sevilla, 2 de febrero de 1972.
Fiesta de la Presentación del Señor en el templo.

CAPITULO PRIMERO

FUNDAMENTOS DOCTRINALES

I

LOS DESEOS SANTOS EN LA BIBLIA

Desde que los primeros padres en el paraíso cometieron el pecado, y Dios les hizo la promesa de salvación, puede decirse que *la Biblia entera está atravesada por un vehementísimo deseo,* colgado de esta promesa. Deseo que tiene las más diversas manifestaciones y que se expresa de las maneras más distintas, pero que todas ellas pueden reducirse a esto: deseo de volver a la unión y amistad con Dios, a través de la obra salvadora del Mesías.

El alma, que se siente alejada de Dios, comienza a desearle con la más ardiente vehemencia: «Como jadea la cierva tras las corrientes de agua, así jadea mi alma en pos de ti, Dios mío. Tiene mi alma sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo podré ir a ver la faz de Dios? Son mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todo el día: ¿En dónde está tu Dios?» (Salm. 42,

2-4). «Dios, tú eres mi Dios, yo te busco; sed de ti tiene mi alma, en pos de ti languidece mi carne, cual tierra seca, agostada, sin agua» (Salm. 63, 2).

No se puede el alma contentar con una unión circunstancial y pasajera: el deseo de Dios es inextinguible; sólo puede satisfacerse con una presencia continua, con una unión en el amor que no tenga término jamás: «Yo estaré siempre a tu lado, pues tú me has tomado de la diestra. Me gobiernas con tu consejo y, al fin, me acogerás con gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos? Fuera de ti nada deseo sobre la Tierra. Desfallece mi carne y mi corazón. La roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre... Mi bien es estar apegado a Dios, tener en Yahvé mi esperanza» (Salm. 73, 25-27).

Algunas veces este deseo de Dios se especifica y tiene como objeto la divina Sabiduría, con lo que va aflorando el matiz mesiánico: «Dame la Sabiduría que se sienta junto a tu trono y no me excluyas del número de tus hijos..., envíala de tus cielos santos, mándala de tu trono de gloria, para que a mi lado participe en mis trabajos y sepa lo que a Ti te agrada» (Sab. 9,

Esta unión con la Sabiduría, que es el Verbo de Dios, cobra en el Cantar de los Cantares los tonos más elevados y vehementes de la experiencia mística, que palpita en todo el libro, y que podría condensarse en expresiones de deseo tan inflamadas como éstas: «¡Béseme con besos de su boca!» (Cant. 1, 2). «Llévame en pos de Ti» (Ib. 1, 4).

Pero este deseo no es algo que se diluye entre los deliquios evanescentes y morbosos de un falso misti-

cismo, sino que, como el verdadero, anda con los pies muy sobre la Tierra, y sabe que la garantía segura de la unión con Dios se encuentra en el sometimiento a su voluntad, a las prescripciones de su santa ley. En ella encuentra el fiel todas sus delicias y en ella centra todos sus deseos: «¡Dichosos los que guardan tus mandamientos, los que los buscan de todo corazón!» (Salm. 119, 2). «En tus preceptos tengo mis delicias, no olvido tu palabra» (Salm. 119, 16). «De todo corazón te ando buscando, no me desvíes de tus mandamientos» (Ib. 10). «Mi alma se consume deseando tus mandamientos en todo tiempo» (Ib. 20).

Comenzó a dibujarse poco a poco en la literatura bíblica un grupo especial de fieles, llamados *pobres de Yahvé*, desasistidos de toda protección humana, carentes de todo influjo social, oprimidos por los ricos y poderosos, pero que, por esto mismo, ponen toda su confianza en el Señor, se muestran dóciles y sumisos a la voluntad divina y descansan confiados en su Providencia. A ellos, sobre todo, será enviado el Mesías, pues son los que hacia El dirigen los más ardientes deseos de su corazón. A ellos dirigirá el profeta Sofonías esta vibrante exhortación, para ayudarles a mantener erguida su esperanza y enfervorizados sus deseos: «Buscad a Yahvé vosotros todos, los humildes de la Tierra, los que cumplís sus normas; buscad la justicia, buscad la humildad» (Sof. 2, 3).

Por esta justicia de Dios oraba también Isaías, abriendo al Señor los deseos de su corazón: «En la senda de tus juicios te esperamos, Yahvé; tu nombre y tu recuerdo son el anhelo de mi alma .Con toda mi alma

te anhelo en la noche y con todo mi espíritu en la mañana te busco» (Is. 26, 8-9).

Es lo que podríamos llamar hambre y sed de justicia, que cobra en el profeta tantas veces los acentos más vehementes y hasta estremecedores. Escuchemos aquellas expresiones encendidas, de las que ha querido valerse la Iglesia en su liturgia de Adviento, para dar a entender la vehemencia de sus propios deseos, clamando por el Salvador: «¡Ah, si rompieras los cielos y descendieras!» (Is. 64, 1). «Destilad, cielos, el rocío de lo alto. Derramad, nubes, la justicia. Abrase la tierra y produzca la salvación y germine juntamente la justicia» (Is. 45, 8).

Este deseo que traspasa la Biblia, llega a conseguir la expresión más sublime y vehemente cuando en el Apocalipsis, puestos los ojos en el cielo, en espera de la consumación final, con la segunda venida de Cristo, la Esposa, empujada por el Espíritu, llena de anhelo, exclama: «¡Ven!» (Apc. 22, 17).

II

EN LA LITURGIA DE LA IGLESIA

Esto, como no podía ser por menos, sucede también *en la Liturgia de la Iglesia.* En ella se sirve al Pueblo cristiano la Palabra viva de Dios y con la más alta eficacia santificadora. No podía, por lo mismo, estar de ella ausente este vivo anhelo de que está traspasada la Palabra de Dios.

Toda la Liturgia de la Iglesia no parece tener otra finalidad que despertar en el corazón de los fieles aquel deseo inextinguible que expresa tan bellamente en la solemne oración del Sábado Santo: «Que todos tengamos sed de Ti, fuente de la verdadera vida».

Si, como iremos viendo a lo largo de esta exposición, esta expresión de los más fervientes deseos se encuentra a lo largo de toda la Liturgia, es sobre todo en el Adviento, tiempo de expectación por excelencia,

cuando alcanzan su vértice. Bástenos recordar ahora las inflamadas palabras tomadas de los profetas, a las que ya anteriormente nos hemos referido. Baste aludir a las magníficas antífonas «O», en las que este deseo encuentra su punto más agudo y su expresión más bella y majestuosa.

Y tan grande es la fuerza de este deseo que la apremia, que, a medida que se va acercando la realización del misterio por el que viene clamando ansiosamente durante semanas enteras, comienza a contar impacientemente los días y las horas: «El Señor está cerca». «De aquí a cinco días vendrá el Señor». «Habéis de saber que hoy viene el Señor y que mañana contemplaréis su gloria».

No puede expresarse de manera más bella y acuciante la fuerza del deseo y la tensión de la espera.

Y, queriendo poner ante los ojos de los fieles el ejemplo más excelso en la urgencia de los deseos y de la profundidad de su vivencia, la Iglesia, unos días antes del nacimiento del Señor, ha querido colocar la fiesta de Nuestra Señora de la Esperanza o de la expectación del parto. En Ella nos presenta la Iglesia condensados los deseos más ardientes de los patriarcas, de los profetas y de los justos del Antiguo Testamento. En su corazón la creación entera ha llegado como a condensar el impulso más ardiente de sus deseos, hasta convertirse en vértice rusiente, que arranca al Verbo del seno del Padre, para atraerlo a su propio seno y hacer presente al Salvador en el mundo. Aquel: «¡Hágase en mí según tu palabra!» (Lc. 1, 38) fue la expresión de todas las esperanzas, de todos los deseos, de todas las

súplicas ardientes de la humanidad, reclamando a Dios el cumplimiento de su promesa misericordiosa.

Efectivamente, la palabra «hágase» no significa simplemente un consentimiento, una licencia, un no tener inconveniente. San Lucas traduce el pensar y el sentir de la Virgen en aquellos instantes por un optativo «génoito», que es como si Ella dijese: «¡Hágase en mí como tú dices, porque lo deseo con todo mi corazón!». «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn. 1, 14).

Es importante notarlo: con un deseo ardentísimo del Corazón de María dio comienzo nuestra salvación; con un ardiente deseo ha de comenzar en cada uno de nosotros individualmente, y con este ardiente deseo mantenido se ha de ir desarrollando hasta conseguir su consumación: que es la santidad en este mundo y la bienaventuranza en la Patria.

Más adelante tendremos que volver a anudar con esta idea.

Cuando en la Sagrada Escritura y en la Liturgia, animadas por el Espíritu de Dios, aflora tan constantemente y con tanta vehemencia la expresión de los deseos santos, bien podíamos concluir que no pueden ser cosa despreciable ni baladí, en la que no merece la pena parar demasiado la atención.

Pensar así sería una temeridad.

III

DIOS, FUENTE DE LOS DESEOS SANTOS

Pero todo esto queda confirmado de una manera más explícita cuando es la Sagrada Escritura, cuando es la Liturgia, cuando son los Santos Padres y los más eximios Doctores de la Iglesia, quienes nos enseñan que *Dios mismo es la fuente de los deseos santos*, y que es El mismo, por la acción del Espíritu Santo, el que los hace nacer en el alma.

El salmista confiesa que este deseo de Dios, era Dios mismo el que se lo ponía en el corazón: «Una cosa he pedido a Yahvé, una cosa estoy buscando: morar en la casa de Yahvé todos los días de mi vida para gustar la dulzura de Yahvé... De tu parte me dice el corazón: "Buscad mi rostro". Sí, Yahvé, tu rostro busco; no me ocultes tu rostro» (Salm. 27, 4 y 8).

Jesús mismo nos dijo que había venido a prender este fuego en la Tierra y que no desea otra cosa sino

que arda (Lc. 12, 49). Y que al ser levantado de la tierra atraería a todos hacia El (Jn. 12, 32). Encender este deseo en el alma era lo que procuraba. En el coloquio con la Samaritana fue preparando el corazón de aquella mujer, con tacto y delicadeza divina, hasta llevarla a exclamar: « ¡Señor, dame de ese agua! » (Jn. 4, 15). Y es que Jesús mismo le había dicho: « ¡Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le habrías pedido a El, y El te hubiera dado agua viva! Todo el que beba del agua de este pozo volverá a tener sed; pero el que beba del agua que Yo le dé, se convertirá en él en fuente de agua, que brota para la vida eterna» (Jn. 4, 10 y 13-14).

Esta misma invitación dirige Jesús a todos de la manera más apremiante, para avivar el deseo, cuando clamaba en el templo: «Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba el que crea en Mí; como dice la Escritura, de su seno correrán ríos de agua viva» (Jn. 7, 37).

El mismo discípulo Amado se cuidó de hacernos la exégesis de estas palabras del Señor al añadir: «Esto decía, refiriéndose al Espíritu Santo, que habían de recibir los que creyeran en El» (Ib. 39).

Por eso, con toda razón, el Apóstol San Pablo, y tras él toda la tradición doctrinal, nos presenta al Espíritu Santo como el inspirador de los santos deseos en el alma.

Unas veces el Espíritu Santo los suscita para contrarrestar y vencer los deseos y apetitos de la carne: «Los que viven según la carne, desean lo carnal, mas los que viven según el Espíritu, lo espiritual; pues las tendencias de la carne son muerte, mas las del Espí-

ritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne son contrarias a Dios... mas vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rm. 8, 5-9). «Si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la Ley. Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje... en cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz... los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con todas sus pasiones y apetencias. Si vivimos según el Espíritu, procedamos según el Espíritu. No busquemos la gloria vana...» (Glt. 5, 18-26).

Clarificada la atmósfera del alma por el triunfo de las tendencias del Espíritu sobre las tendencias y deseos de la carne, se descubre el origen más profundo de estos anhelos suscitados por el Espíritu en nuestros corazones: nuestra condición de hijos de Dios. Siendo estos deseos provocados por el Espíritu Santo, constituyen la mejor prueba de la realidad de nuestra afiliación; si nuestros deseos y clamores son propios de hijos, es porque en realidad lo somos: «La prueba de que sois hijos —afirma el Apóstol— es que Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo» (Glt. 4, 6).

Así que el origen de nuestras apetencias más hondas, de nuestros deseos más vehementes, es el Espíritu Santo instalado en nuestros corazones, que nos impulsa y nos dirige y suscita en nosotros los más ardientes clamores filiales: «En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavo para recaer de nuevo

en el temor; antes bien, recibisteis un Espíritu de hijo que nos obliga a exclamar: ¡Abbá, Padre! El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rm. 8, 14-16).

Más aún —y, en consecuencia—, el mismo Espíritu se hace intérprete de nuestros anhelos más profundos, de nuestros sentimientos filiales, de nuestros vehementes deseos de llegar al Padre, y que resultan inexpresables a nuestra pequeñez: «E igualmente el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rm. 8, 26).

Lo que San Agustín comenta por estas palabras: «Intercede en favor nuestro con sus gemidos, inspirándonos el deseo» (4).

Magníficamente escribe también a este propósito Santa Catalina de Siena: «¿Hay más lágrimas que de los ojos? Sí; hay un llanto de fuego, de verdadero y santo deseo, que se consume de amor y querría deshacer su vida en llanto por aborrecimiento que tiene de sí y por el deseo de la salud de las almas, y no parece que puede conseguirlo. Digo, pues, que ésos tienen lágrimas de fuego en los cuales llora en mi presencia (no olvidemos que es el Padre Eterno el que instruye a la Santa) el Espíritu Santo por ellos y por sus prójimos. Quiero decir que mi divina caridad enciende el fuego en el alma que ofrece ardientes deseos en mi presencia, sin derramar lágrimas por los ojos. Estas son

---

(4) ML. 33, 505.

lágrimas de fuego y de esta manera se puede decir que el Espíritu Santo llora, pues no pudiendo la criatura derramar lágrimas, me ofrece los deseos que la voluntad tiene de llorar por amor mío. Si ellos abren los ojos del entendimiento, verán que todo siervo mío, que derrama olor de santos deseos y humildes y continuas oraciones en mi presencia, llora en él el Espíritu Santo. Esto parece que quería dar a entender el glorio Apóstol Pablo cuando dijo que el Espíritu Santo lloraba en presencia de Mí, Padre Eterno, con indecibles gemidos» (5).

La Liturgia de la Iglesia, informada también por el mismo Espíritu Santo, nos descubre el mismo origen divino de los buenos deseos: tienen su fuente en Dios. Por eso le pide: «Para que infundas en nuestras almas deseos del cielo» (6). Y «concede a tu pueblo el desear tus promesas» (7). «Para que puedas acceder a los deseos de los que te piden, hazles pedir aquellas cosas que son de tu agrado» (8).

Este ha sido también el sentir unánime de los santos y de los doctores. Afirma San Ignacio de Loyola: «Si bien miráis, bien entenderéis que aquellos deseos de servir a nuestro Señor no son de vos, mas dados por el Señor; y así hablando: «El Señor me da crecidos deseos de servirle, «al mismo Señor le alabáis; porque

---

(5) *Diálogo.* VII. Capítulo V. Avila, 1925.
(6) Letanías de los Santos. Es conveniente advertir que las citas litúrgicas están tomadas de los libros antes de la reforma promovida por el Concilio Vaticano II.
(7) Dom. IV de Pascua.
(8) Feria IV de la IV Semana de Cuaresma y Dom. IX después de Pent.

su don publicáis, y en el mismo os gloriáis, no en vos» (9). Y Santa Teresa: «Merced es que hace el Señor estos grandes deseos de llegarse a El» (10).

Pero estos deseos no los suscita el Señor desde fuera, sino que, en consonancia con la doctrina de San Pablo, que dejamos expuesta, el hontanar de donde manan los deseos santos, es Dios mismo presente en el alma, que los suscita en ella, por la actividad de su Espíritu. Quizá nadie haya expresado esto tan bellamente como San Gregorio el Grande en una preciosa homilía de Pentecostés: «Quien desea, pues, a Dios con toda el alma, tiene ya en sí ciertamente al que ama, pues nadie puede amar a Dios si no tiene ya a Aquél a quien ama» (11).

San Bernardo afirma también que no hay mejor señal de la presencia de Dios en un alma que el sentir en sí deseos santos: por el efecto se revela la causa que lo produce. «No hay mejor señal, escribe el Santo, ni más cierto testimonio de la presencia de Dios en un alma que tener un deseo grande de más virtud y más gracia y perfección» (12).

Lo mismo viene a decir Santa Teresa: «Cuando es espíritu de Dios, pone un gran deseo de ir adelante en la oración» (13). De modo que una regla muy cierta para discernir la presencia y la actividad del buen espí-

---

(9) *Obras.* B. A. C. Pág. 625. Madrid, 1963.
(10) *Fundaciones,* 2, 4.
(11) Homilía 30 in Evang. *Breviarium Romanum.* Dom. Pentecostés.
(12) Sermón 2.º de San Audas. Cfr. RODRÍGUEZ: Trat. 1 de la parte I, *Ejercicio de Perf.* Cap. 5.
(13) *Vida,* 15, 4.

ritu en el alma es que ésta se sienta animada del buen deseo de ir adelante.

E insiste aún en ello afirmando que «la presencia de Dios en el alma —habla aquí de la presencia experimental— tiene como fruto espontáneo el producir buenos deseos... de entregarse toda a su servicio» (14). Y, con toda lógica, concluye la Santa que cuanto más ardientes son estos deseos, más seguro es el origen divino de donde proceden: «El Espíritu Santo debe de ser el que la mueve con tan ardientes deseos» (15). Y tan poderoso es su influjo, como viniendo de tal principio, que «cuando al alma vienen estos deseos, no es en su mano desecharlos» (16).

---

(14) *Moradas,* VI, 8, 4.
(15) *Meditaciones sobre los Cantares,* 2, 35. B. A. C. Silverio, 2, 29.
(16) *Fundaciones,* 2, 4.

IV

INVITA CON ELLOS AL ALMA

Pero hay más aún: no sólo Dios es la fuente y origen de los deseos santos, sino que El mismo es el que *se adelanta e invita con ellos al alma;* El mismo arde en deseos de provocarlos. Es el amor infinito y necesita infinitamente comunicarse; por eso se presenta como suplicando que le quieran recibir; pide a los hombres que le abran la puerta del corazón y, para lograrlo, quiere suscitar en ellos, por todos los medios, el deseo de recibirle y de aceptar sus dones.

Difícilmente se pueden escuchar acentos más conmovedores que aquellos con que Dios se dirige a nosotros en la Sagrada Escritura: « ¡Oh, vosotros los sedientos, venid a las aguas! Aun los que no tenéis dinero, venid, comprad pan y comed» (Is. 55, 1). «Llamadme, pedidme y yo os escucharé; buscadme y me halla-

réis. Sí, cuando me busquéis de todo corazón, yo me mostraré a vosotros, palabra de Yahvé, y trocaré vuestra suerte» (Jerm. 29, 12-13). «Venid a mí cuantos me deseáis y saciaos de mis frutos» (Sir. 24, 25 y 26). «Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba» (Jn. 7, 37). «Al que tenga sed, le daré gratis de la fuente de agua de la vida» (Apc. 21, 6). «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Apc. 3, 20). En el libro de los Proverbios (6, 13-20) se dice de la Sabiduría divina: «Se anticipa a darse a conocer a los que la desean. El que temprano la busca, no tendrá que fatigarse, pues a su puerta la hallará sentada, y el que vela por ella, pronto se verá sin afanes. Porque ella misma busca por todas partes a los dignos y en los caminos se muestra benigna, y en todos sus pensamientos les sale al encuentro; pues su principio es el deseo sincerísimo de la instrucción, y procurar la disciplina es ya amarla... Por tanto, el deseo de la Sabiduría nos conduce al Reino» (Sb. 6, 13-20).

Difícilmente se pueden encontrar pasajes más bellos y penetrados de unción que éstos. Tal vez sólo superados por las inflamadas palabras del Cantar. Más allá de ellos parece que no pueden ir ni la belleza de la expresión ni la unción del deseo: «Abreme, hermana mía, amada mía, paloma mía, mi perfecta. Que mi cabeza está cubierta de rocío y mis bucles del relente de la noche» (Cant. 5, 2). Sus ecos han resonado a lo largo de los siglos sintonizando con las almas más puras y delicadas que han pasado por la Tierra. Así exclamaba San Juan de la Cruz, rimando con estos sentimientos

y poseído de la belleza de estas metáforas: «¡Oh Señor y Dios mío! ¿Quién te buscará con amor puro y sencillo que te deje de hallar muy a su gusto y voluntad, pues que Tú te muestras primero y sales al encuentro de los que te desean?» (17). Y de parecida manera el alma limpia y esencialmente poética del Beato Enrique Susón: «¡Oh Sabiduría Eterna! ¡Qué amor tan grande me habéis mostrado al decir de Vos mismo (Sir. 24, 25-27): "Venid a mí todos los que con ardor me deseáis y llenaré vuestro corazón de mis frutos..." ¡Oh dulce Señor! Os mostráis tan tierno y tan amable que todos los corazones deberían desearos y suspirar por vuestro amor... Por éste suspira mi corazón y éste desea mi alma. Dignaos hablarme de él». «Yo soy el bien incomprensible e inefable... Y yo salgo al encuentro de los que me buscan y recibo gozoso a los que desean poseerme» (18).

---

(17) *Dichos de Luz y Amor*, 2. B. A. C.
(18) *Libro de la Eterna Sabiduría*. Cap. VII. Edición francesa del P. Benoit Lavaud, O. P. Egloff. París, 1946.

V

MERITO, VALOR Y ESTIMA

Cuando es Dios mismo el que ofrece tan apremiantemente este don e inspira hacia El tan grandes deseos y tan encendidos anhelos, no puede dudarse *del mérito que encierran, de la estima y valor de los deseos santos.* Tanto la Sagrada Escritura como los santos y doctores nos lo dan a entender abundantemente de una manera explícita.

Veámoslo, primero, por contraste, en el aspecto negativo. Dejó escrito el Señor en el Decálogo: «No desearás la mujer de tu prójimo» (Ex. 20, 17). Y Jesús, en el Sermón de la Montaña: «Todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (Mt. 5, 28). De manera que, según la enseñanza divina, el simple deseo malo y torcido, sin llevarlo a la ejecución por la obra, es reprobable y dig-

no de castigo. Es, pues, justo preguntar ahora, ¿puede usar Dios un doble peso y una doble medida castigando los malos deseos y no premiando los buenos? No es posible pensarlo. Luego el buen deseo, cuando merece tal nombre, es de por sí meritorio ante los ojos de Dios. Es lo que nos sugiere también la Sagrada Escritura con lo sucedido a David: tenía el santo deseo de levantar al Señor un templo magnífico, mas por disposición divina, no pudo llevarlo a cabo; sin embargo, el Señor le premió este buen deseo de su corazón como si lo hubiera llevado a efecto (2 Sam. 7; 1 Cr. 17).

Este mismo sentir aparece constantemente en la vida y en las enseñanzas de los santos y doctores. Escribe San Bernardo: «La voluntad de hacer una cosa se computa como un hecho cuando la necesidad lo ha impedido» (19). Y Santa Teresa reconoció: «He visto claro no dejar de pagarme el Señor, aun en esta vida, ningún buen deseo» (20). Y, en vista de las grandes mercedes que recibía del Señor, no reconociendo en sí misma mérito ninguno, escribía: «Miraba el Señor los deseos que muchas veces traía de servirle» (21). En otra ocasión exclamaba: «¡Valgan mis deseos, Dios mío!» (22). Y, refiriéndose al trabajo que le costaban sus escritos, decía: «Si no aprovechase a ninguno esto que escribo, tomará el Señor mi voluntad» (23). Por eso recomendaba insistentemente a sus monjas: «Den-

(19) ML. 182, 198.
(20) *Vida*, 4, 10.
(21) *Vida*, 7, 18.
(22) *Exclamaciones*, 15, 3.
(23) *Fundaciones*, 5, 1.

se a tener grandes deseos, que, aunque no los puedan poner por obra, se saca mucho provecho» (24).

Y no sólo a sus monjas, sino a aquellas personas que por vocación han de verse metidas en las cosas del mundo, les recomienda: «No digo que (el dar de mano a las cosas del mundo) sea por obra los que tienen estado, que no pueden sino por el deseo» (25).

Esta doctrina de la Santa tiene mucho que ver con la enseñanza de los teólogos sobre el espíritu de los consejos evangélicos, cuando, por vocación, no se pueden llevar a la práctica. La Santa se refiere principalmente al desarrollo de la vida de oración y a la eficacia que en ello tienen los santos deseos e insiste aún en este mismo sentido en orden al progreso del alma en los caminos de la oración: «Es gran bien tener grandes deseos, ya que no puedan obras; con determinación grande y buenos deseos... tendrá fuerza su oración» (26).

San Francisco de Sales coincide en todo con este sentir y escribe: «No te diré que haya que querer lo que se puede, sino que ya es gran poder ante Dios el querer poder» (27).

En vista de todo esto, con razón enseñaba San Bernardo que «En los oídos de Dios el deseo vehemente es un clamor grande. Y, al contrario, la intención remi-

---

(24) Testimonio de María de San José (Dantisco). Proceso de Madrid, 1595. Cfr. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y O. STIGGINK: *Tiempo y vida de Santa Teresa.* Pág. 749. B. A. C. Madrid, 1970.

(25) *Moradas,* IV, 3, 3.

(26) *Conceptos sobre los Cantares.* B. A. C. 2, 35. Silverio, 2, 29.

(27) *Obras completas.* B. A. C. Vol. II. Epistolario. Fragmento 2. Pág. 636.

sa es una voz sumisa» (28). Y Santa Teresa, por la misma razón, recomienda: «Conviene mucho no apocar los deseos... que si los santos nunca se determinaran a desearlo, no subieran a tan alto estado» (29). Por eso, hablando de ella misma, dice: «En esto de deseos siempre los tuve grandes» (30).

Se comprende, por lo mismo, el gran interés del demonio en confundir y tergiversar las cosas: «El demonio, dice la Santa, hace mucho daño, haciendo que nos parezca soberbia el tener grandes deseos» (31). Y, si de alguna cosa se lamenta a este respecto, no es de haberse excedido, sino de haber conocido demasiado tarde este valor santificador de los buenos deseos: «¡Oh qué tarde, exclama, se han encendido mis deseos!» (32).

Cuando los santos tratan de convencernos de su alto valor santificador, acuden a las más variadas razones y a los más gloriosos encomios. San Agustín nos dirá que el deseo santo «constituye el mismo seno del alma» (33). Que «los deseos de unirse a Dios después de la muerte, son signos de caridad perfecta» (34). En resumen, que sintetizan toda la vida del cristiano: «Toda la vida del buen cristiano es un santo deseo... En esto consiste nuestra vida, en que nos veamos acuciados por los deseos» (35).

---

(28) *Obras*. B. A. C. Vol. I. Pág. 459.
(29) *Vida*, 13, 2.
(30) *Vida*, 13, 6.
(31) *Vida*, 13, 4.
(32) *Exclamaciones*, 4, 1.
(33) In Epistolam 1 Jn. Tract. 4, núm. 6.
(34) Ib. Tract., 9.
(35) Sermón 159, 7. ML. 38, 874, e In Epist. 1 Jn. Tract. 4, núm. 6. Vale la pena que, siquiera por vía de nota, reproduzcamos este párrafo entero:

Con esto viene a coincidir San Bernardo, cuando afirma algo que podía parecer excesivo, al equiparar el buen deseo con la perfección misma; pero no se recela en afirmarlo: «Se considera verdadera perfección el incansable estudio de la misma y el continuo conato por alcanzarla» (36). Para el Santo, este deseo mantenido durante la vida, vale tanto como estar escrito en el libro de los predestinados. Dice el profeta: «Todos están escritos en tu libro (Salm. 139, 16). ¿Quiénes son estos "todos"? Son, sin duda, aquellos que viven animados de vehementes deseos de alcanzar la virtud» (37).

«Volvamos a aquella santa unción que interiormente enseña lo que no podemos expresar, y como ahora no podéis ver, sea vuestro ejercicio el deseo. Toda la vida del hombre cristiano es un santo deseo. Lo que deseas aún no lo ves, pero deseando te harás capaz de verlo para que, cuando venga lo que has de ver, seas saciado. Pues así como cuando quieres llenar una cavidad y sabes cuánto es lo que se te va a dar, estiras la concavidad del odre, o del saco, o del recipiente, pues conoces cuán grande es lo que has de meter y ves cuán pequeño es el recipiente, y estirándolo lo haces más amplio, así Dios, retardando extiende el deseo, haciendo desear dilata el ánimo y ampliando le hace capaz. Deseamos, hermanos, porque hemos de ser llenados. Ved a Pablo como extiende el seno para poder contener lo que ha de venir, pues dice: "No que ya lo haya alcanzado o ya sea perfecto; hermanos, yo no pienso que lo haya alcanzado aún." ¿Qué haces, pues, en esta vida, ya que aún no lo has conseguido? "Una sola cosa: olvidándome de lo de atrás, me extiendo a lo de adelante, y sigo corriendo con la intención hacia la palma de la suprema vocación" (Filip. 3, 13-14). Dice que se extendió y que sigue corriendo con la intención. Se sentía incapaz de contener lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre. Esta es nuestra vida: que nos ejercitemos por el deseo. Pero en tanto nos ejercita el santo deseo en cuanto apartamos nuestros deseos del amor del siglo.»

(36) Epist., 253. ML. 182, 452.

(37) *Sermones sobre los Cantares*, 49, 7. ML. 183, 1016-1017.

Nos explicaremos estas afirmaciones si tenemos también en cuenta la doctrina de los santos cuando nos dicen que los deseos son uno de los medios más excelentes para nutrir el alma. El Señor dijo a Santa Gertrudis, bien a nuestro propósito: «He dado a cada uno de mis fieles una caña de oro con que de mi deífico Corazón pueda sorber y atraiga cuanto deseare». La caña, le declaró el Señor, ser la voluntad y el deseo.

San Antonio María Claret ve también en el buen deseo el medio para encaramarse a aquella perfección infinita que nos propuso Jesús como meta de nuestras aspiraciones. «En estos días, escribe el Santo, he tenido y tengo muchísimos deseos de amar a Dios. Deseo amarle tanto como María Santísima, como Jesús. Jesús nos dice que seamos perfectos, como su Padre celestial. Sea yo amante como el Hijo» (38).

En vista de este aliento que el buen deseo pone en el alma, se explica que los santos exhorten a que se desee sobre toda medida. Así enseña San Juan de la Cruz: «Ha de desear el alma con todo deseo venir a aquello que en esta vida no se puede saber ni caer en su corazón» (39).

Mas, por si esto llegara a aparecer una audacia desorbitada, se encarga de aclarar el Santo que este deseo no nace de la iniciativa del alma, que pudiera ir fuera de cauce, sino que es Dios mismo el que lo pone en ella: «¿Quién podrá escribir —exclama— lo que a las almas amorosas donde El mora... les hace desear?» (40).

(38) *Obras autobiográficas y espirituales.* B. A. C. Pág. 644.
(39) *Subida,* II, 4, 6.
(40) *Cántico.* Prólogo, 1.

Y hasta llega a asegurar que la presencia de este deseo en el alma es la señal más clara de su buena salud espiritual: «Verse ha, dice, si el corazón está bien robado de Dios... en si trae ansias de Dios» (41).

De todos modos conviene dejar bien aclarado, como hace Santa Teresa, que aunque la realización no vaya al mismo ritmo que el deseo, Dios tiene bien en cuenta el lastre de nuestra débil naturaleza, que pone tanta resistencia a su vuelo: «Bien sabe Su Majestad aguardar, dice la Santa, cuando ve perseverancia y buenos deseos» (42). Es decir, que ante los ojos de Dios es tanto el valor del deseo bueno y perseverante que llega a suplir la falta de realidades efectivas. Mientras éstas no llegan, los deseos verdaderos contentan al Señor.

Santa Catalina de Siena tiene también a este propósito una página admirable. En punto a la valoración de los deseos santos no se puede ir más lejos. Es el Padre Eterno el que la instruye: «No digo que en esta vida seáis infinitos en el llanto, sino que las llamo lágrimas infinitas porque el deseo del alma es infinito. Has oído cómo las lágrimas proceden del corazón, y cómo éste las arroja por los ojos, habiéndolas antes recogido con encendido deseo, como el leño verde que está al fuego, que gime por el calor que se le va introduciendo y echa fuera el agua; que si estuviese seco, no gemiría. Así, humedecido el corazón con el verdor y la renovación de la gracia, arroja la sequedad del amor propio, que es el que seca al alma, y las lágrimas se unen con el fuego, que es el deseo fervoroso. Y como el deseo

(41) *Cántico*, 9, 6.
(42) *Moradas*, II, 1, 13.

nunca se satisface en esta vida, por eso, cuanto más ama, le parece que ama menos; de este modo ejercita el santo deseo, que está fundado en la caridad, con lo cual lloran los ojos.

Después que el alma se separó del cuerpo y llega a mí que soy su último fin, no pierde este deseo, de manera que ya no me desee juntamente con la caridad del prójimo, porque la caridad entra como señora, trayendo consigo el fruto de todas las demás virtudes. Verdad es que se acaba la pena del deseo, porque, si me deseaba, ya me posee en verdad, sin temor alguno de perder lo que tanto había deseado. De esta manera se fomenta el hambre, esto es, que teniendo hambre están hartos, y estando hartos tienen hambre; pero está lejos de esta hartura el hastío y la pena distinta también del hambre, porque no les falta ninguna perfección.

Así que vuestro deseo es infinito, pues de lo contrario no valdría ni tendría vida ninguna virtud, sirviéndome solamente con cosa finita, porque yo, que soy Dios infinito, quiero que me sirváis con cosa infinita; y vosotros no tenéis otra cosa infinita con que servirme más que el afecto y deseo del alma. Por eso decía que era infinita la variedad de lágrimas, lo cual, como te he dicho, es verdad por el deseo infinito que está unido a ellas.

Cuando el alma se separa del cuerpo, las lágrimas quedan fuera, mas el afecto de la caridad trae a sí el fruto de ellas y las consume, como sucede con el agua en el horno encendido. No porque el agua esté fuera del horno, sino que el calor del fuego la consumió y la absorbió en sí. Así el alma que llega a gustar el

fuego de mi divina caridad y que partió de la presente vida en caridad mía y de su prójimo y con amor unitivo con el cual derramaba lágrimas, mas sin pena alguna; no lágrimas de los ojos, pues ya se consumieron en el horno, pero sí lágrimas de fuego que provienen del Espíritu Santo (43).

(43) *O. c.*, capítulo VI.

VI

SU MAXIMA CONVENIENCIA Y AUN NECESIDAD PARA LLEGAR A LA PERFECCION

No dudamos de que el lector habrá quedado del todo convencido, en vista de tantos y tan autorizados testimonios de los santos y de los doctores, como le hemos ofrecido, del mérito que encierran los buenos deseos y de su valor y estima.

Pero no está con esto dicho todo; ellos nos hablan aún de su *máxima conveniencia y aun necesidad* para llegar a la perfección y hasta para salvarse. Así la palabra de Dios nos instruye por el Sabio: «Pensando esto conmigo mismo y meditando en mi corazón, que la inmortalidad está en compañía de la Sabiduría... corrí de una parte a otra buscando tenerla conmigo» (Sab. 8, 17-18). De la misma manera que a los israelitas les fue dada el agua de la roca, con esta sed del deseo por delante: «Tuvieron sed e invocaron y les fue dada el agua de la dura roca» (Sab. 11, 4).

Es condición indispensable para gozar de las dulzuras de Dios, como dice San Gregorio: «No podrá ser uno elevado a los goces de lo alto, si no se procura conseguirlos, deseándolos con ardor» (44)

Son tan necesarios los buenos deseos para remontarse a Dios, como las alas a los pájaros para volar, al decir de Ricardo de San Víctor: «Las aves, cuando quieren volar, dice, extienden sus alas; de la misma manera debemos también extender nosotros por el deseo las alas de nuestro corazón y esperar la hora de la revelación divina» (45). Pues, como dice San Lorenzo Justiniano, «el corazón no se dilata con las dimensiones naturales de longitud y anchura, sino con los deseos. Si no se inflama con la grandeza de los deseos, siempre permanecerá angosto y muy menguado e indigno para recibir al Verbo. Por los deseos de la caridad es como se ensancha el corazón» (46).

Más aún, si tanto se deja languidecer el deseo, la misma caridad llega a morir. Así lo dice el P. Francisco de Osuna, con su lenguaje un tanto pintoresco: «No dejes morir tus deseos, advierte; morírsete ha la candela y quedarás a oscuras» (47).

Sólo este corazón desocupado y ensanchado por los deseos, es el vaso capaz y bien dispuesto para recibir a Dios y sus dones. Esto enseñaba San Ignacio de Loyola cuando aconsejaba en una de sus cartas: «De su parte (de Dios) cierto es que El está prestó, con que de

---

(44) PL. 79.236, 4.
(45) *De contemplatione.* Lib. 4. Cap. 10.
(46) *De casto connubio.* Cap. 13.
(47) *Tercer abecedario.* Tratado I. Cap. 1.

la nuestra haya vaso de humildad y deseos para recibir sus gracias» (48). Por eso decía Santa María Magdalena de Pazzis que «quien desea ser visitado por Vos, Señor, debe, ante todo, como María, concebiros por un deseo ardiente y cuidadoso y criaros luego con la perseverancia en el bien» (49). Otro tanto decía Fray Juan de los Angeles: «Estas visitas divinas, aunque de gracia se hacen, hanse de desear con grandes ansias y deseos del corazón» (50). De tal manera que, según San Juan de la Cruz, estos altos dones de Dios son la respuesta a los deseos del alma, como escribe en la *Llama* (51): «Si el alma le envía a su Amado sus amorosos deseos... El a ella le envía el olor de sus ungüentos». De ahí que el Santo aconsejara a uno de sus discípulos: «Siempre ande desando a Dios y aficionado a El su corazón» (52). Y en los *Avisos* (53) dice que se ha de suscitar el «íntimo deseo de que Dios le dé lo que su Majestad sabe que le falta». Y a una hija espiritual suya le escribe: «Estos días traiga empleado el interior en el deseo de la venida del Espíritu Santo» (54). Tiene el Santo una sentencia verdaderamente hermosa y profunda, que es la última razón de todo esto: «Su Majestad, cuanto más quiere dar, tanto más hace desear» (55). Santa Teresa, por su parte, aconseja también en una

---

(48) *Obras.* B. A. C. Pág. 680.
(49) Cfr. ARINTERO: *Evolución mística.* B. A. C. Pág. 686, nota 7.
(50) *Vida perfecta.* Diálogo 2.°, párrafo 9.
(51) *Llama,* 3, 28.
(52) *Consejos a un religioso,* 9.
(53) *Avisos,* 5.
(54) *Carta,* 20, 1. B. A. C.
(55) *Carta,* 13, 1. Ed. Silverio.

materia particular, pero que podía extenderse a todas y a todos los casos, sin traicionar su pensamiento: «Andar siempre con grandes deseos de padecer por Cristo» (56).

Este vivir colgados de la virtud de la esperanza, por los grandes deseos, diríamos que es la virtud y el ejercicio más característicos del cristiano, mientras peregrina hacia la Patria, como nos enseña San Pablo (Rom. 8, 18-30). Pero este vivir colgados de los buenos deseos es más propio aún de las almas consagradas, que han puesto todas las cosas criadas debajo de sus pies, para vivir en todo pendientes de los bienes escatológicos. Ya lo afirmó así Santo Tomás de Aquino: «Deber del religioso es aspirar a la perfección» (57).

Tan verdaderas son estas palabras que el Código de Derecho Canónico ha querido hacer de ellas como la definición del estado religioso: «Una sociedad, aprobada por la legítima autoridad eclesiástica, en la cual los socios, conforme a las leyes propias de la misma sociedad, emiten votos públicos, sean temporales, sean perpetuos... y, de este modo, tienden a la perfección evangélica» (58). Tanto es así que esta tendencia es la que caracteriza al religioso y, si ella cesa, el religioso falta a la más grave de sus obligaciones; deja de ser religioso formalmente.

El Concilio Vaticano II ha continuado en esta misma línea de doctrina, con expresiones llenas de unción, verdaderamente inspiradas: «Y como el Pueblo de Dios

---

(56) *Avisos*, 29.
(57) 2-2. q. 184. a. 5. ad 2 um.
(58) Canon 588, 1.°.

no tiene aquí ciudad permanente, sino que busca la futura, el estado religioso, por librar mejor a sus seguidores de las preocupaciones terrenas, cumple también mejor, sea la función de manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo, sea la de testimoniar la vida nueva y eterna conquistada por Cristo, sea de prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial» (59).

(59) *Lumen Gentium*, 44.